

## PARTE TERCERA

---

DE LO QUE TODO CRISTIANO PRÁCTICO DEBE PRECAVERSE  
Y PRIVARSE.

---

### CAPITULO I.

#### LAS PASIONES.

Ningun cristiano verdadero ignora lo que el Evangelio, ó mas bien Jesucristo, dice á todos los hombres: «El que quiera venir en pos de mí, tome su cruz todos los dias y sígame.» «El que no se niega á sí mismo, no puede ser discípulo mio.» Estos y otros innumerables lugares de la Escritura nos convencen, de que es imposible evitar el pecado sin mortificar y reprimir las pasiones; y por lo mismo es imposible obrar y vivir como cristiano, si no nos vencemos de continuo y no luchamos y peleamos sin tregua ni descanso contra los enemigos de nuestra salva-

cion, que son el demonio, el mundo y la carne. Por esta última se entienden nuestros instintos y apetitos desordenados, ya de nuestra alma, ya de nuestros sentidos, en los cuales están como los resortes de una máquina, cuya fuerza necesaria se contradice por otra proporcionada; resultando de aquí el movimiento regularizado que se utiliza.

No hay ni ha habido, exceptuando a Nuestro Señor Jesucristo y a María Santísima, ningún santo que no haya tenido apetitos y pasiones más ó ménos fuertes; y la victoria que los buenos alcanzaron en el combate de estas pasiones, fueron las virtudes y la santidad. Dios no quiere que mueran en nosotros, porque quiere que siempre trabajemos para que más merezcamos; y por el mismo fin permite las tentaciones del enemigo y las contradicciones de los mundanos y la persecucion de la virtud y la religion, como la prueba del fuego y del martillo para que el oro se purifique y se labre. Pero ¡ay de aquel que se rinde cobardemente á la tentacion ó se deja vencer del mundo ó arrastrar por el torrente de sus apetitos y pasiones! No le servirá de excusa la proximidad de la ocasion ni la fuerza del ataque, ni la vehemencia de su deseo; porque Dios jamas permite que el hombre sea tentado sobre sus fuerzas ni cargado con peso que no pueda

soportar. Es, pues, indispensable, que el cristiano en todo tiempo y edad, en todo lugar y situacion, en todo estado y oficio, en todo momento y circunstancia esté en continua vigilancia, si quiere salvarse, evitando el pecado, contra el demonio, el mundo y la carne: los cuales acometen con mas violencia y peores resultados por medio de la pasion dominante. Hablaremos aparte de ella.

---

## CAPITULO II.

### LA PASION DOMINANTE.

Es muy difícil dar una exacta idea de lo que en nosotros se llama genio ó carácter; pero seguramente se puede afirmar: que de ordinario no es otra cosa que nuestra pasion dominante, que se disfraza con esos nombres. Todo el mundo excusa sus faltas diciendo que son obras de su genio; y no sólo se descuida de excusarlo y moderarlo, sino que hay cristianos tan extraños á la virtud, que se jactan de tener, por ejemplo, mucho amor propio, ó de ser muy iracundos ó de otros gravísimos defectos. Debemos, por lo mismo, si queremos evitar frecuentes pecados, aun mortales, estudiar detenidamente cuál es

nuestra pasion mas prominente; y para vencerla, emplear las armas de la oracion y de la mortificacion, valiéndonos de todos nuestros ejercicios y obras espirituales, a fin de alcanzar la victoria; ciertos de que, vencida la pasion que prevalece en nosotros, las demas serán fácilmente subyugadas.

En unas personas domina mas la ira; en otras, la voluptuosidad; en otras, la pereza; en éstas, la glotonería: en aquellas, la avaricia; pero en ninguna deja de dominar mas ó ménos el amor propio y el orgullo, como que la soberbia es el principio y origen de todos nuestros males. Estudie, pues, el cristiano práctico, que trata sería y empeñosamente de su salvacion, las virtudes contrarias a los vicios y pasiones; y empéñese en repetir los actos de aquella que es mas contraria a su pasion dominante, teniendo siempre por cierto y seguro, que la humildad y caridad son como la panacea contra todas las enfermedades del alma. La humildad nos atrae la luz, la misericordia y la proteccion divina; porque cuanto Dios aborrece al soberbio, tanto así ama y favorece al humilde. La caridad, que es el amor a Dios y al prójimo, nos cerca y nos defiende de todo pecado; y nos habilita, nos conforta, nos dá ciencia y valor, conocimiento y poder para toda clase de obras buenas.

Cuide, pues, mucho el cristiano práctico, de trabajar y obrar constante y enérgicamente contra su pasion dominante.

### CAPITULO III.

#### EL OUDIO Y LA ENVIDIA.

Despues de la soberbia, tan funestamente fecunda para producir otros vicios, como el orgullo, la ambicion, el amor propio y demas, no hay vicio que Dios deteste más, que el odio a nuestros hermanos y semejantes. Dios mismo, tan ofendido de los hombres, no los aborrece, por grandes pecadores que sean, y a todos ama y desea perdonar y hacer felices. Mucho cuidado necesita el cristiano práctico y discreto para separar el vicio del vicioso, el pecado del pecador; pues se debe abominar al primero y compadecer y amar al segundo.

Jamas tiene el hombre derecho para aborrecer a su semejante, aun cuando sea su mayor enemigo. El amor que Dios nos manda profesarle, no es de consejo, sino de precepto; y si es cierto, que no podemos ménos que sentir los agravios y perjuicios que se nos hacen, porque la carne es débil; tambien es cierto, que nunca

es permitida la venganza ni aun con el disfraz de justicia. Ésta podrá y deberá obrar en beneficio nuestro; pero para que Dios nos perdone nuestras deudas, debemos nosotros perdonar a nuestros deudores. Más todavía: debemos estar prontos a socorrerlos, servirlos y favorecerlos en la necesidad, y nunca olvidarlos en nuestras oraciones de pedir para ellos lo que para nosotros pedimos. Ni el ladrón, ni el plagiarlo, ni el asesino, ni el liberal, ni el monarquista, ni el mason, ni el impío, ni el hereje pueden ser aborrecidos por el verdadero cristiano, que debe saber distinguir entre el delito y el delincuente, y siempre pedir a Dios por el remedio de éste, detestando y desaprobando su falta.

La envidia es también otra pasión ruin y villana que, cuando se hace sentir, nos convence de nuestra miseria y nos hace avergonzarnos de nosotros mismos. Nadie quiere confesar esta pasión, ni menos gloriarse de ella, como sucede con otras; pero muchos obran según la envidia, y esto es de lo que debe preservarse un cristiano práctico, examinando rigurosamente sus propios sentimientos y no obrando sin reflexionar de qué principio parten sus determinaciones. El cristiano práctico todo debe ser caridad para con Dios, caridad para con su prójimo.

#### CAPITULO IV.

##### LA IRA Y LA MURMURACION.

Como es tan general en los hombres el amor propio y la soberbia, así es común la ira, fuente del odio, de la riña, de la desesperación y de innumerables pecados. Y como, por otra parte, son tan frecuentes las ocasiones y tan punzantes los estímulos para irritarse, a causa de las injusticias y sinrazones de nuestros semejantes; el cristiano debe vivir muy prevenido desde que despierta, y en su ejercicio de la mañana formar sus propósitos, para no caer en este pecado. La ira es como el fuego, que comienza por una chispa y causa los más voraces incendios. Por esta razón es la mayor imprudencia dejar que se inflame no sabiendo hasta dónde llegarán sus perjuicios.

Ni el superior al corregir, ni el juez al castigar, ni el maestro al reprender, pueden dejarse llevar de la ira; porque la justicia, la razón, la ciencia, la autoridad pierden con la ira todo su brillo, y a veces, hasta sus derechos. Nunca los tendremos para enojarnos con el ignorante, con el malintencionado, con el pobre, ni con el que

nos daña ó nos molesta; porque, aunque sean disculpables los primeros ímpetus de las pasiones, no hay disculpa en fomentarlas y acariciarlas en el corazón; y el cristiano siempre hallará en Dios auxilios para vencerse y acostumbrarse a la paciencia y a la mansedumbre, que formaron el carácter del Fundador divino de su religión.

Como de las pasiones mencionadas en este capítulo y los anteriores, nace el vicio de la murmuración, tan comun como perjudicial, justo es hablar sobre él cuatro palabras. Estas sean, y no hay en ellas exageración: que muchas almas de los que frecuentan los sacramentos, están en pecado mortal y comulgan y confiesan sacrilegamente, porque no tienen el menor escrúpulo en hablar del prójimo, descubriendo sus defectos graves y ocultos, sin que de esta falta excuse la ignorancia que en este punto tan esencial no puede ser invencible, mucho ménos entre personas que practican la piedad. El infeliz murmurador vive con el pecado en el corazón, como el que vive aborreciendo y envidiando. Huya, pues, el buen cristiano de tan horrible y odioso vicio, y ponga gran cuidado en el uso de su lengua; porque el que lo tiene, nunca llegará a la posesión de la virtud.

## CAPITULO V.

### LA PEREZA Y EL OCIO

Otra pasión vergonzosa, y por desgracia muy comun en nuestro país, es la pereza, que afecta a toda clase de personas, de negocios, de oficios, y, sobre todo, de prácticas de piedad. Ella es en muchos cristianos la única causa de que abandonen los sacramentos por muchos años, sin tener ningun otro impedimento. Ella es la causa de que dejemos de hacer obras, que de suyo serian muy fáciles y de excelentes resultados, por no vencernos un poco a nosotros mismos. Ella, como en lo temporal, es en gran parte el origen de nuestra miseria pública; así lo es de la miseria espiritual en que gime el individuo cristiano sin merecimientos, sin ocupación, sin deseos, sin proyectos, sin diligencias algunas para conseguir su último fin. ¿Cómo no ha de ser ella la causa de la condenación de muchas almas?

La ociosidad, hija primogénita de la pereza, mantiene al cristiano en una inacción perjudicial, lo encadena en la ignorancia, lo aflige con el fastidio, lo sumerge en la tristeza, lo hunde en la necesidad, lo precipita en los vicios y lo

hace en todos sentidos desgraciado. La ociosidad está encargada de llenar los teatros, de animar los bailes, de poblar las casas de juego, y de habitar las tabernas y burdeles.

El trabajo solo, considerado materialmente, seria el remedio de los incalculables males, públicos y privados que la ociosidad ocasiona. Mas el cristiano práctico no debe contentarse con tan poco. Antes bien, debe mirar el trabajo como el destino del hombre en la tierra, aun ántes de que fuera maldecida de Dios por causa del pecado: debe mirar el trabajo como una virtud, y no civil, sino cristiana: no como medio de enriquecerse codiciosamente, sino como una santa necesidad de proveerse de lo necesario a sí mismo y a su familia, si la tiene. Debe dedicarse al trabajo, aun mecánico, para el descanso de sus potencias, para no dar lugar a tentaciones, para socorrer al prójimo en todas las maneras, que llamamos justamente obras de misericordia.

Debe, en fin, el católico práctico, saber que, el siervo del Evangelio no fué condenado por otra culpa, que la de no haber empleado útilmente el talento que su Señor le habia puesto en las manos. Piensen las personas sábias y hábiles, de que felizmente abunda nuestro país, de cuántos bienes espirituales, morales y aun materiales, privan a su patria por la inaccion y la

pereza que no se quieren vencer con un poco de trabajo; y piensen tambien nuestros pobres artesanos y gente de clase média, de cuántos males los ha librado y los librárá el trabajo en que todo el mundo debe emplearse, aunque fuera tan solo por evitar pecados.

---

## CAPITULO VI.

### MÁXIMAS DEL MUNDO.

Nuestro siglo ha dado en la manía de tenerse por el mas ilustrado de los que han trascurrido, despreciando todo lo que pertenece a los siglos pasados; porque no aprovecharon la electricidad, el vapor, la mecánica y otros elementos puramente materiales que ninguna relacion tienen con la teología, la moral y la religion. Más todavia: se desprecian estas ciencias, y porque las generaciones presentes, materializadas y carnales, las olvidan, canta victoria la impiedad. No era necesario tanto para que el mundo fuera, como siempre ha sido, enemigo del alma y de Dios; porque desde que el demonio dijo a la mujer primera: «Es necesario conocer el bien y el mal,» ó, como hoy se dice, «saber de todo,» nació entre los hombres el es-

píritu de contradicción y oposición a la razón y a la virtud.

¡Ay de los que llaman bien al mal y mal al bien! dice Dios; y es lo mismo que si dijera: ¡Ay del mundo! porque no hay virtud contra la cual no tenga muchas máximas, más ó menos perniciosas y sofisticas; ni hay vicio que no trate de excusar y aun de santificar. La sinceridad, la veracidad, la buena fe, la lealtad, la devoción, la religiosidad, la obediencia, la sencillez, tienen en el lenguaje mundano sus nombres odiosos y ridículos con que se denigran y desacreditan. En cambio, se santifican la perfidia, la rebelión, el orgullo y hasta el robo, la mentira, la hipocresía, y hasta la lisonja y la adulación.

La impureza se considera como una necesidad natural; el desafío, como una exigencia del honor; la estafa y la mentira, como el único medio de medrar; la usura, como un comercio de monedas ó de mercancías; el suicidio, como un extravío mental; y todos los vicios, en fin, como efectos del organismo ó de la complejión corporal: estableciendo con esto la doctrina del fatalismo, del materialismo y de la necesidad física. En esto es preciso confesar que nuestro siglo progresa y es el más adelantado del mundo.

Guárdese mucho el cristiano práctico de admitir y profesar estas y otras innumerables máxi-

mas de inmoralidad y de impiedad, que para solo referirlas, sería necesario un libro entero. Atengámonos a las reglas del Evangelio, de la religión y de la moral católica; y despreciemos, como es justo, esos falsos principios, que parecen convincentes a los sencillos y poco reflexivos, solo porque están reducidos a dichos ó refranes, ó versitos insulsos y a veces indecentes. Ni nos creamos jamás obligados a condescender y conformarnos con las costumbres é ideas mundanas, por muy general que sea su observancia; porque dicho está hace mucho tiempo: que es infinito el número de los necios.

---

## CAPITULO VII.

### LOS RESPETOS HUMANOS.

Ni el bien ni el mal se han de hacer por los hombres; porque el primero perderá todo su mérito, y el segundo duplicará su malicia: y si éste, solo por respetos humanos, deja de hacerse, será ante Dios, como si se hubiera hecho. Hoy en nuestra atrasada sociedad es moda, especialmente entre jóvenes, la pretensión de parecer impíos ó incrédulos, y esto, aun cuando algu-

nos no lo son de corazon. ¿Puede darse mayor necedad?

Con todo, es mas comun todavía el abstenerse de las prácticas religiosas, de las obras públicas de caridad, de la frecuencia de los santos sacramentos, y hasta de la profesion externa de nuestras creencias, solo por temor del ¿qué dirán? No sé si esta será necedad mayor. Lo que sabemos por el Apóstol es: que *todo aquel que quiera vivir piadosamente en Cristo, padecerá persecucion. Que el que se avergonzare de Jesus ante los hombres, será desconocido por Jesus ante su Eterno Padre.* Lo que sabemos por experiencia, es, que el mundo que llama a los buenos cristianos, *santuchos, hipócritas, fanáticos*, y demás; nada puede dar de lo mucho que quita, si no sea el desprecio, el mal pago y la ingratitud con que arroja de sí a los hombres cuando llegan a la pobreza, a la vejez ó a la desgracia.

No nos avergoncemos de frecuentar los sacramentos, de practicar la virtud y la piedad, de manifestar nuestra religion con las demostraciones con que lo hacen los buenos cristianos y que se van abandonando cada dia mas. El saludar a los sacerdotes, el descubrirse la cabeza al pasar frente a los templos, y cuando se oye el toque de las doce y las oraciones, ó la señal de consagracion y adoracion, ó reposicion del

Santísimo Sacramento en alguna iglesia: el adorarle cuando conocemos que es llevado a los enfermos: el estar en las iglesias con reverencia y devocion: el modo de hablar de Jesucristo y de los sacramentos; todo esto y otras mil cosas, manifiestan al cristiano cuándo se practican; y denuncian, cuando se omiten, al impío, al indevoto, al cristiano de solo nombre, y al cobarde que neciamente teme una murmuracion injusta é irracional, que deberia altamente despreciar.

Hagamos, pues, todas nuestras buenas obras con la mas recta intencion, y no nos engañemos a nosotros mismos, pensando que por públicas pierden su mérito, porque mas bien lo duplican: no haciéndose por el mundo, si no es que por ellas queremos dar en cara a la impiedad, ofreciendo a nuestros prójimos, el beneficio de los buenos ejemplos. *De tal manera resplandezca vuestra luz delante de los hombres, dijo el Señor, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*

---



## CAPITULO VIII.

## AMISTADES Y COMPAÑÍAS.

Todo hombre honrado y juicioso, debe mirarse mucho en elegir y conservar buenas amistades, porque en ellas interesa su bienestar; pero mucho mas el cristiano, porque interesa en ello su alma y su salvacion. Un buen amigo es un tesoro; un amigo malo es la perdicion. Por eso el cristiano práctico y discreto, mide sus fuerzas morales, examina los cimientos de su fe y de su moral, ántes de emprender por medio de la amistad, la conquista ó conviccion de un incrédulo ó de un impío; porque es mucha y casi irresistible la fuerza de la simpatía, y las malas ideas son terriblemente contagiosas.

Por más que los hombres quieran ser tolerantes y dignos, que respetan las opiniones ajenas, entre amigos, es un sentimiento natural procurar la identidad de las maneras de pensar, y de obrar, y de aquí resulta lo que se llama proselitismo. En materia de religion tiene que ser tolerante el que no está seguro de la suya; como los protestantes, que han acabado por asegurar, que en toda religion se salva el hombre;

pero el católico que está cierto y seguro de que fuera de la Iglesia no hay salvacion, no puede en su interior, tolerar el error, el cisma ni el extravío. A pesar de ello, casi nadie procura traer a sus creencias verdaderas a los descaminados; al paso que se han extendido en nuestra desgraciada sociedad, muchos charlatanes que difunden las ideas del protestantismo, vomitando blasfemias contra el culto de María Santísima y de los santos, contra el dogma del purgatorio, contra la union católica y obediencia al Papa; insultando al sacerdocio, y corrompiendo con sus calumnias y mentiras, a los infelices ignorantes ó a gentes desmoralizadas, a quienes halaga una religion cómoda, aunque falsa, que no admite confesion, ni penitencia, ni castidad, ni infierno, ni cosa alguna que contradiga a las pasiones.

Ya por el peligro que amenaza a nuestra fe, especialmente en los tiempos actuales; ya por el riesgo a que se expone la moral, debemos tener gran cuidado en escoger nuestras amistades, prefiriendo, por supuesto, aquellas que nos instruyan, que nos moralicen, que nos aprovechen espiritualmente y aun que nos honren; no por un principio de vanidad, sino por un noble interes de justa conveniencia. El que desea unirse en una vida perpétua con sus amigos; el que

no quiere llorar en la muerte a sus amigos perdidos para siempre; escójalos tales, que pueda con esperanza fundada, confiar que en la eternidad se reunirá con ellos. Cuando nuestros amigos y deudos son tales, y nosotros procuramos obrar de manera, que sin temeridad, confiamos que nos salvaremos; la separacion que causa la muerte, no produce desesperacion, como en los mundanos y ateos, sino consuelo, esfuerzo y esperanza.

---

## CAPITULO IX.

### LECTURAS.

Las lecturas tambien, como las amistades, pierden al hombre ó lo salvan, segun sean ellas. Mas como nuestras malas inclinaciones nos arrastran, y los libros malos divierten, hacen reir y lisonjean nuestros vicios, al paso que en los libros buenos no hallamos más que la austeridad del Evangelio ó la aridez de un estudio serio, pueden mas las lecturas malas que las buenas; y son aquellas una arma poderosa con que el demonio vence y condena a innumerables

almas. Almas que piensan con sus pasiones y gustos desordenados; almas débiles y cobardes, que tiemblan al solo nombre de virtud y santidad; almas ignorantes y descuidadas de su salvacion eterna, en quienes no hace fuerza la razon, la justicia, la honradez, la honestidad y la moralidad.

En la época presente y en nuestro país, no se lee con gusto, si no sea por señaladas personas, libro que trate seriamente de alguna ciencia y ménos de religion. Nuestros talentos mexicanos se dejan conocer y se emplean en la novela y la poesía, ó cuando más en el periodismo; y como son los escritores, son los lectores. Esto es natural. ¿Qué deben, pues, saber y proponerse los verdaderos católicos, y de qué deben abstenerse en este punto? Lo diremos con la posible brevedad.

Antes que todo, debe un cristiano práctico reconocer y obedecer a la autoridad que la Iglesia tiene recibida de Dios, para prohibir a sus hijos la lectura de libros heréticos, inmorales, obscenos y peligrosos; como llega a ser la Sagrada Escritura, peligroso por el abuso, mala inteligencia, ignorancia de unos y malicia de otros. Por lo mismo, debemos respetar mucho estas prohibiciones y no olvidarnos de la excomunion que tienen anexa. Nunca debe un cris-

tiano timorato, leer libro de cuya doctrina no tenga opinion de persona capaz.

Tampoco es propio del cristiano perder lamentablemente su tiempo en leer romances y novelas, que exaltan las pasiones, recomiendan el vicio y están llenas de máximas impías y mundanas, y corrompen las costumbres; como las han corrompido tanto en nuestra época y en nuestro suelo, inundado de historias imaginarias; introduciendo entre nosotros el desafío, el suicidio, las seducciones, el divorcio y mil otras maldades.

Aun en la lectura de periódicos debemos tener gran cuidado, pues que en muchos de ellos se calumnia al clero con la mayor injusticia y desvergüenza: se desacredita la piedad, se inculcan principios disolventes, y se publican por folletín obras prohibidas. Si el católico no tiene gusto en leer más que la historia, lea la eclesiástica y aun la profana, escrita por autores cristianos y de juicio; sin omitir el estudio de la doctrina y de la moral. ¡Cuidado, católicos! ¡Cuidado, niños y jóvenes! ¡Cuidado, gentes sencillas y rústicas! Los pocos mexicanos que han apostatado y quieren ser protestantes, sin saber lo que es protestantismo, esparcen y prodigan, no solo ediciones prohibidas de la Biblia, sino tambien pequeños cuadernos impregnados

de errores y de las mas detestables herejías. ¡Abra Dios los ojos de tantos seductores y seducidos.

---

## CAPITULO X.

### DIVERSIONES PELIGROSAS.

Por desgracia, nuestra poca civilizacion se manifiesta en nuestras diversiones públicas, que son calificadas con razon de semibárbaras; pero nuestra poca moral se denuncia tambien en las diversiones que se llaman de gentes cultas. No está prohibido al cristiano el solaz, y aun le está mandado el descanso. El paseo y ejercicio corporal, las visitas honestas y amistosas, las comidas en el campo: no las comilonas y embriagueces y que casi siempre se hacen públicas y escandalosas: los espectáculos curiosos é instructivos, la música y los juegos inocentes, no los de azar y de interes, son lícitos y para los jóvenes son convenientes para sustraerlos de diversiones clandestinas y peligrosas; pero lo que son entre nosotros las diversiones mas comunes, es necesario, aunque penoso, decir, que no son propias de buenos cristianos.

Tales son las corridas de toros, de que no sa-